



# απόζτοι

Febrero 2004  
Número 24

Pastoral Bíblica

*Publicación Mensual al Servicio del Centro de Formación para Maestros de Biblia*

## HISTORIA DE JOSÉ El hombre de las confianzas de Dios

### *Vivir en Dios, y en Dios morir*

José, un muchacho “justo y temeroso de Dios”, era limpio de corazón, trabajador y piadoso. Los suyos decidieron desposar a María con José. Hacían buena pareja. Los dos podrían cobijarse bajo un mismo misterio. Aquél matrimonio de María con José (“Dios dé más hijos”), el artesano de unos veinte años, parecía garantizar una vida mansa como un río sin torrentes: vivirían en Dios, y en Dios morirían.

an. Nunca la historia hablarían de ellos... pero un día:

El Ángel le pidió a María que fuera la madre del “hijo del Altísimo”. Y el Ángel esperaba temblando, porque el destino del mundo estaba pendiente de los labios de una joven de quince años. “Hágase en mí según tu palabra”. “¡Fiat!”, fue la respuesta. Así empezó Dios la prodigiosa aventura de ser hombre en el

seno de una mujer. María estaba “grávida de Dios”. Experimentó la necesidad de correr y contárselo a alguien. Pero, ¿a quién? ¿a José?.

Este nombre golpeó su cabeza. “José”. ¿Se lo diría a José? Se dio cuenta de que explicárselo a José era aún más difícil que a ninguna otra persona porque iba a desencadenar la vida y planes de José como había revuelto la suya.

María decidió dejar en manos de

Dios ese quehacer. Era asunto de Él, ¿no?

¡Noticias así sólo puede darlas un ángel!. Y, a los pocos días María decide ir a ver y ayudar a su prima Isabel, porque la madre del Precursor Juan entra de algún modo en los planes de Dios sobre la madre del Redentor Jesús. Intuye que el pequeño Juan espera que la obra de la redención empiece con él.



### *Padre y maestro en la tierra*

¿Y José? El evangelio rodea su figura de sombra, de humildad y de silencio: se le adivina, más que se le ve. En la época de Cristo escaseaba la madera en Palestina. No debía haber mucho trabajo para un carpintero en un pueblo de no más de cincuenta familias. Habrá que

pensar que la verdadera profesión de José era lo que actualmente denominaríamos un “mil usos”. Sólo dos cosas son ciertas: que trabajaba humildemente para ganarse la vida, y que se la ganaba más bien mal que bien.



Y Dios escoge a ese humilde trabajador, como padre y maestro de su Hijo en la tierra. Este es el hombre que Dios elige para casarse con la madre del Esperado. El matrimonio en la Palestina de aquél tiempo se

celebraba en dos etapas: el compromiso, y un año después el matrimonio propiamente tal.

Para ellos, entre la primera y la segunda etapa, ocurrió algo que trastornó sus vidas y que dio un especialísimo sentido a ese matrimonio.

### *“... A quien pondrás por nombre Jesús”*

Lo primero que el evangelista nos dice es que María estaba comprometida con él, y que antes de que conviviesen ella apareció en estado. María esperó en silencio, era algo demasiado delicado para hablar de ello. Porque ¿qué pruebas podría aportar María a José, de aquel misterio que llenaba su seno

noticia tuvo que ser para él una catástrofe interior. No reaccionó con cólera, sino con un desconcierto total. Quedó anonadado, sin querer creer lo que ven sus ojos. La misteriosa serenidad de María le desconcertaba, el que ella no se defendiera era su mejor defensa.

fácilmente se imaginaba el infierno que él estaba pasando.

¿Y Dios no hablaba! Y ellos dos callaban y esperaban, sumergidos en ese desgarrador silencio de Dios. Un silencio que no podía ser eterno. No lo fue. No había llegado José a tomar una decisión, cuando “en sueños se le apareció un ángel del Señor” (Mt. 1,21). Un sueño preñado de realidad: “No temas recibir a María, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Jesús”.

Son palabras gemelas a las que

usó con María, y contenían lo suficiente para tranquilizar a José.

Sintió deseos de correr y abrazar a María. Lo hizo apenas amaneció. Ahora Podrían hablar ya claramente, y nunca hubo dos novios más felices que María y José paseando aquel día bajo el sol.

Pero no solo era alegría. El muchacho sencillo que hasta entonces había sido, desaparecía para nacer un nuevo hombre con un destino hondísimo. Dios estaba ya en el seno de María y fuera no se notaba nada.



sin intervención de varón? Se calló y esperó. Dios daría las explicaciones necesarias, seguía siendo asunto suyo.

No sabemos cómo conoció José el embarazo de María, pero la

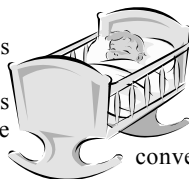
José amaba a María con un amor a la vez humano y sobrenatural. No quería ni denunciarla ni abandonarla. Días terribles para él, pero aún más para ella. A María no le asustaba tanto la decisión que José pudiera tomar, como el dolor que le estaba causando. Ella también le quería,



### *Alegría misteriosa*

Ni truenos en el aire ni ángeles en las alturas. El trabajo seguía siendo escaso, los callos crecían en las manos de los dos, y el tiempo rodaba lentamente. Sólo el alma

percibía el peso de aquel Dios niño, pequeño y grande a la vez. Y una alegría misteriosa les invadía a los dos como un sol de primavera.



María y José, ya casados, comenzaron a preparar la casa y la cuna, convencidos de que

ellos, y no los ángeles, cuidarían al recién nacido. Poca majestad traería, si llegaba a nacer en su pobre casa. ¡De veras que Dios era extraño!.

## Al encuentro de Jesús

Y un día, cuenta el evangelio de Lucas, ocurrió algo: de Roma llegó la orden de un censo que obligó a José a desplazarse de Nazaret a Belén, de dónde era su familia, a 150 kilómetros de distancia. Un viaje difícil en las circunstancias en que ella se encontraba.

María llevaba una preciosa carga, que no por preciada hacía menos su andar. La embarazada necesitaba descansar de vez en cuando, y debieron de tardar no menos de cuatro días en llegar. Pero iban gozosos al encuentro de Jesús.



Belén era un pequeño pueblo de no más de doscientas casas apiñadas sobre un cerro. A José le preocupó el ver que eran muchos los que, como ellos, llegaban a la aldea para el censo. El texto evangélico nos dice que el amontonamiento en la

posada, no era lugar adecuado para una mujer que estaba próxima a dar a luz. José sabía que tendrían que pasar allí varios días, tal vez semanas. Un poco de silencio y paz era lo menos que podía pedir-se en el nacimiento de su hijo.

## La soledad de María

Tal vez el mismo posadero le dijo que había en los alrededores muchas grutas abandonadas que se usaban para guardar el ganado, y que en alguna de ellas podrían refugiarse. Y a una de ellas fueron a parar José y María. El rostro de ella reflejaba cansancio. José, avergonzado y pidiendo perdón por algo que no era culpa suya, consultó a María con la mirada. Ella sonrió y dijo "Sí".

"Y estando allí, se cumplieron los días del parto" (Lc. 2,5). La frase del evangelista hace pensar que José tuvo tiempo de adecantar un poco la cueva, de clavar algunas tablas que protegieran del frío algún rincón, de limpiar la paja del pesebre... Ningún prodigio ni movimiento rodeó el nacimiento de Jesús. El evange-



lista señala claramente la soledad de la madre en aquella hora. José habría encendido una hoguera fuera de la gruta, calentando agua. Dentro de la cueva María estaba sola. La ley prohibía terminantemente que el padre estuviera en el cuarto de la parturienta a esa hora. José rezaría o pasearía nervioso, como lo han hecho todos los padres a lo largo

de la historia. Al fin, oyó la voz de su esposa llamándole. Se precipitó hacia la cueva, con la jarra de agua caliente en la mano. María, sonriente, le hizo señas de que se aproximara; la cueva estaba casi a oscuras. Se acercó al pesebre que María le señaló, y vio una tierna carita rosada, blanda y húmeda aún, apretando los ojos y los puñitos, con bultos rojos en los hinchados pómulos.

## ¿Cómo entenderlo?

Al tomarlo en sus manos y colocarlo sobre sus rodillas, en gesto de reconocimiento paternal, sintió que las lágrimas subían a sus ojos. "Este es el que me anunció el ángel", pensó. Y su cabeza no podía creerlo. María y José le miraban y no entendían nada. Lo

adoraban, pero no lo entendían. ¿Aquél bebé era enviado para salvar al mundo? Dios era todopoderoso, y el niño todo desvalido. El hijo esperado era la Palabra, y aquel bebé no sabía hablar. El Mesías sería "el camino" y aquel bebé no sabía

andar. Iba a ser la Vida, y si se moriría si ella no lo alimentaba. Era el creador del sol, pero tiritaba de frío: Había cubierto de hierbas los campos, pero estaba desnudo... ¿cómo podían entenderlo? Ningún milagro espectacular acompañó

a este parto limpiísimo. Ni los ángeles, ni luces. Dios reservaba sus ángeles ahora para quienes los necesitaban, los pastores. María y José tenían fe suficiente para creer sin ángeles. Además de haber venido ángeles a la cueva, ¿los habría visto? Porque ella no tenía ojos

## Los pastores, elegidos para contarle

Los pastores, pobres, llegaron con regalos pobres, de leche y lana. Se acercaron tímidamente y en la cueva encontraron a "María, a José y al Niño", dice el evange-

lista Lucas, señalando el orden en que fueron viéndolos. Y viendo al niño, sus corazones estaban arrojados. Un Dios naciendo pobre como ellos, en un lugar como los

que ellos habitaban, les llenaba de orgullo. Se fueron pronto porque intuían que habían sido más elegidos para contarle que para verlo. Se despi-

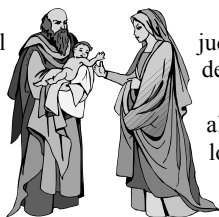
dieron a la manera judía y pidiendo perdón por haber molestado. Se lo repitieron muchas veces a José y salieron de espaldas.



## El sello físico de la Alianza

Belén siguió su vida rutinaria, pocos se enteraron de aquel nacimiento, y María "conservaba todas estas cosas en su corazón", nos dice Lucas. Esta noche el Señor del Universo se eclipsa en la carne de un bebé, para mostrarse plenamente al mundo en el regazo de una Virgen: como puro amor.

A los ocho días justos del nacimiento tuvo lugar la circuncisión, sin duda fecha importante para María y José. Aquel día entraba su hijo oficialmente en la alianza con Dios, y se constituía en heredero de las promesas hechas a Abraham. Era signo visible de agregación al pueblo



judío, el sello físico de la alianza. Era una gran fiesta alegre y emotiva, y lo fue sin duda también para María y José. La costumbre era que se hiciera en la misma casa de los padres ante diez testigos.

El ser María y José dos desconocidos en Belén, el no contar con diez amigos como testigos, la pobreza de su hogar, no es de dudar que obligara a celebrar la ceremonia de prestado en la sinagoga. Y las gotas de sangre que resbalaron sobre la mesa, fueron el primer paso para el sacrificio del Cordero, que quita el pecado del mun-

## El nombre: significado de su destino

El sacerdote preguntó a José cómo iba a llamarse el niño, y el padre respondió que Jesús (que significa Salvador). El nombre era algo muy importante para los judíos. Una persona no existía si no tenía nombre.

No se elegía este por simple capricho: trataba de significar un destino, y de hecho influía después en el carácter de quien lo llevaba, como un lema que se



hubiera impuesto realizar. Y este niño inerte, que ahora lloraba bajo el cuchillo circuncidador iba a cambiar al mundo y a salvar al hombre. ¿Quién hubiera podido imaginar que treinta años después ese mismo nombre que su padre

José acaba de imponerle lo escribiría Pilatos en la tablilla que, ensangrentada, explicaría sobre la cruz el porqué de su condena a muerte? Con sangre empezaba este nombre y con sangre concluiría y se realizaría.

## La purificación de la inmaculada

Después todo regresó a la normalidad. María y José decidieron quedarse en Belén, al menos por algún tiempo. Tenían que acudir al templo de Jerusalén cuando se cumplieran los cuarenta días del parto para la ceremonia de la puri-

ficación y rescate, y no era natural que regresaran a Nazaret para rehacer el largo camino un mes después.

¿De qué iba a purificarse la que era inmaculada? Digamos que María aceptó



algo que era costumbre del pueblo al que pertenecía, y que era un signo de sumisión a la grandeza de Dios. Para la ceremonia dejó al niño en brazos de José (sonrió al ver lo

mal que lo agarraba) y entró sola en el atrio de las mujeres, en el Templo. Al terminar regresó a donde la esperaban José y el niño. Lo que seguía era mucho más importante que lo anterior.

## El "rescate"

Tenían que "rescatar" a su hijo, como estaba mandado en Éxodo 13,1-16. Los primogénitos era propiedad de Dios, un memorial de la pascua. María y José sabían que si

todo primogénito era propiedad de Dios, este hijo suyo lo era más que ninguno. Iban a rescatar a su hijo, pero sabían que, después de hacerlo, su hijo seguiría siendo

total y absolutamente de Dios. Ellos lo tendrían en préstamo, pero sin ser nunca suyo. José llevaba en la mano 5 siclos de plata, precio del rescate.



Eran para ellos mucho dinero: 20 días de trabajo de José; ellos ahora lo "compraban" por cinco siclos, y alguien, años más tarde, lo vendería por 30.

## El exiliado más joven de la historia

De regreso a Belén y después de la visita de los Magos preguntando por el nuevo rey de los judíos, en la noche un ángel se aparece a José, le anuncia que Herodes busca al niño para matarlo y le ordena partir de inmediato para Egipto, "hasta que él le avise" (Mt. 2,13). Una orden desconcertante y en apariencia, dispa-

rada. José hubiera podido contestar al ángel: "Hace poco tu me dijiste que este niño salvaría a su pueblo. Ahora me sales con que él no puede salvarse a sí mismo, que tenemos que emprender la fuga y expatriarnos a tierras lejanas y extrañas. Todo esto es contrario a tu prome-



sa". Pero nada de eso dijo José, porque era un hombre de obediencia a los deseos de Dios. Despertó a María, se vistieron apresuradamente aún medio dormidos, recogieron lo imprescindible y se pusieron, asustados, en camino. Así Jesús, gracias al tirano, se convierte en el

exiliado político más joven de la historia. Nadie ha sido odiado tan pronto, nadie ha empezado tan pronto a morir. Da, sin embargo, a cuantos en el futuro emprenderán el camino del desierto, la seguridad de que su Dios les comprende, porque ha vivido la misma agonía que

## Emigrantes en tierra extranjera

Huir era dormir durante el día y caminar la noche entera. Suponía volver rápidamente José la cabeza cuando escuchaba cualquier paso por el camino. Incluía el ver ellos en cada sombra y caminante, a la policía de Herodes. Yendo solos, de noche, sin planos, por caminos abiertos por las pezuñas animales, el camino debe haber durado más de quince días, sobre todo cuando se adentraron en el desierto.

Sólo en tierra egipcia se sintieron a salvo. Pero nacieron los nuevos problemas del emigrante en tierra extranjera. José ignoraba todo sobre

el nuevo país, a nadie conocía, apenas debía de quedarle algún dinero, carecía de todo tipo de herramientas para realizar su trabajo. Era además un perseguido político al que siempre es peligroso ayudar; un perseguido político que no pertenecía a ningún grupo ideológico, ni luchaba por ninguna causa. ¿Quién habría entendido y aceptado su explicación sobre las causas de su huida? Qué, ¿no podría haber hecho Dios las cosas



de manera más sencilla?, se nos ocurre comentar a nosotros, hombres de poca fe...

José debió buscar alguna de las colonias judías próximas a la frontera, donde vivían bastantes familias y comerciantes, muchos de ellos, corridos por Herodes.

Allí al menos vivirían entre compatriotas, podrían hablar con alguien y posiblemente encontrar trabajo. Para María y José todo era extraño en aquel mundo: las aguas rojas del Nilo, el modo de vestir, hablar y vivir de las gentes,

los templos paganos con animales por dioses.

María, que llevaba en su regazo a quien era la Vida, no podía entender aquella religiosidad obsesionada por el temor a la muerte, defenderse de la muerte, negar la muerte. Y por eso construían tumbas-pirámides y embalsamaban a los muertos, en un loco afán de supervivencia. Y María se preguntaba cómo podría su hijo ser la salvación y luz para aquellas gentes.



## La casa de Nazaret

No sabemos con precisión cuánto duró el exilio; probablemente poco menos de un año, hasta la muerte de Herodes. La noticia debió llegar pronto a las colonias judías en Egipto, pues eran muchos los que esperaban ese momento para volver a sus tierras. José había pensado regresar a Belén, dónde había más trabajo que en Nazaret, pero Arquelao el hijo de Herodes continuó con la violencia de su padre, por lo que decidieron regresar a Nazaret, gobernado por Herodes Antipas, también hijo de Herodes. 30 años después juzgaría a Cristo y degollaría al Bautista.

Y allá se encaminaron. Vivirían en paz y el mundo se olvidaría de ellos. Y podría crecer tranquilo su hijo. ¿Hasta cuándo? Nada sabían. Dios parecía haberse olvidado de ellos. "OH, Dios, pensaba María, déjame al menos gozar de él durante algunos años". Y Dios llenaba su corazón de paz, pero no daba ninguna respuesta aclaradora.

Su casa de Nazaret era una pequeña edificación de ladrillos y barro. Era más dormitorio que morada. No hay mobiliario ninguno, esteras hacen las veces de

cama, y bajo una manta común dormían todos los miembros de la familia juntos. Una sola puerta cierra la entrada de la casa, que queda a oscuras por la falta de ventanas. Una construcción que más parece cueva que casa, una edificación humilde y pobre. Pero, ¿por qué la riqueza habrá de ser más digna de Dios que la humilde sencillez de los pobres? La vida se hace comúnmente en el patio delantero, comunal y al aire libre. En él se cocina, se prepara el pan, juegan los niños, escarban las gallinas, y



José tiene la "carpintería".

Allí vivió la casi totalidad de su vida la familia de Jesús. José trabaja a lado de su vecino el curtidor. María hila y cocina junto a sus vecinas. El niño vive en mezcla continua con los críos de las casas próximas. No hay que imaginarse que existiera un ambiente místico en el que las vecinas de María fueran unas santas. En torno a ellos giran los chismes y la envidia, las murmuraciones y los líos de faldas, justamente igual que en cualquier vecindad de hoy.

## Ganarse el pan

El trabajo llenaba la mayor parte del día a José y María. Es probable que la tarea de José fuera muy variada y todo hace pensar que el pequeño Jesús acompañaría con frecuencia a su padre, y ayudándole en lo que pudiera. Es un hecho que Jesús de mayor habla como un experto en viñas, de granos y semillas, de tiempos de siembra y recolección, distingue calidades de tierra y su

cuidado. Igual habla de pesca, pastoreo, vendimia, etc. No es aventurado asegurar que ocasionalmente practicó estos trabajos junto a su padre.

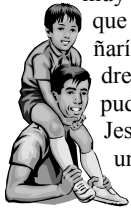
Tampoco era descansada la vida de una nazarena. Moler trigo, hacer pan, cargar leña y encender el horno, acarrear agua, hacer las comidas, la preparación y cuidado de la ropa, etc. El niño observaba

todo y aprendía de todo, sabía que hay que ganarse el pan con el sudor de la su frente, ve las manos de sus padres encallecidas y ve también cómo las suyas, ya desde pequeño, también se van endureciendo.

El trabajo manual era tarea de todos, incluyendo a los sacerdotes y escribas. El Talmud afirma que “es más grande el que se hace útil por el trabajo, que el que conoce a Dios”. Y agrega “del

mismo modo que se está obligado a alimentar a sus hijos, se está obligado a enseñarles una profesión manual, porque quien no lo hace es como si hiciera de su hijo un bandido”.

El ser un obrero no fue para Jesús una opción de clase, sino el cumplimiento de una obligación cívica y religiosa.



## Encuentro total con su Padre Dios

El evangelio narra el acontecimiento del viaje de la familia sagrada a Jerusalén, cuando Jesús tenía doce años, con ocasión de su entrada oficial en la vida religiosa de su pueblo. Algo parecido a la primera comunión cristiana, pero hecha con la mayor conciencia que los doce años permiten. Es de suponerse que era la primera vez que el pequeño acompañaba a sus padres en su viaje anual, por pasqua, al Templo de Jerusalén. El

viaje era casi una fiesta nacional. Las casas y posadas estaban abarrotadas, y en torno a las murallas surgía una ciudad de tiendas de campaña, que triplicaba la población normal de la ciudad.

Jesús, a los doce años, tuvo en aquella ceremonia la capacidad suficiente para asumir en plenitud el encuentro total con su Padre Dios y con la vocación que le estaba destinada.

Y su posterior pérdida en el templo no fue, pues, una casualidad ni una aventura. No es el niño que se pierde entre el gentío, es el

muchacho ávido de encontrar respuestas a las preguntas que le arden en el alma.

Debió de pasar en los grupos de doctores de la ley, en los atrios del Templo, la mayor parte de los días que estuvieron sus padres en Jerusalén. El hecho de que inicialmen-

te no dieran importancia a la ausencia de Jesús durante esos días y a la hora del regreso, demuestra la total confianza que tenían en él.

Era normal que las familias mezcladas unas con otras pensarán que sus hijos iban en cualquier otro grupo de muchachos.

La angustia llegó por la noche, cuando la caravana se reagrupó a quince kilómetros de Jerusalén y José y María vieron que el muchacho no estaba.



## “Debo ocuparme de las cosas de mi Padre”

Regresaron de inmediato a la ciudad, buscándolo con angustia durante dos días completos. Al tercero se lo encontraron en el atrio, sentado tan tranquilo y escuchando entre los doctores. María no entiende la conducta de su hijo y sus palabras son más de queja que de pregunta. La respuesta de Jesús son las primeras palabras

suyas que conocemos: “¿Por qué me buscaban? ¿No sabían que yo debo ocuparme en las cosas de mi Padre?” (Lc. 2,49). El evangelista dice que María y José “no entendieron lo que les dijo”. Les pareció que Jesús había crecido de repente y ya de regreso los tres, “la trinidad en la tierra”, se sintieron

envueltos en aquel viento que arrastraba a su hijo rumbo a playas maravillosas y a la vez terribles.

Jesús aprendió de la paz de la familia en que vivió. Si es posible que se pareciera físicamente a su madre, es también muy probable que esta seme-

janza se extendiera a sus modos de ser y de pensar de humanos.

No hay porqué excluir que el clima de la casa de María y José fuera, en lo humano la escuela más soberana de esa obediencia que será el eje de la vida de Cristo.

Obediencia a José y María y obediencia sobre todo a su Padre Dios.



## La vida de José se eclipsa para que Jesús brille

Tras el viaje a Jerusalén, el amor de María y José hacia el niño creció conforme pasaron los años. El amor crece siempre cuando hemos corrido el riesgo de perderlo. Pero también creció el miedo; de que una tarde cualquiera, Jesús no regresaría a casa; miedo de encontrar una noche su cama vacía; miedo de que hubiera partido rumbo a su misión de revelación y redención.

Y la muerte de José debió aún influir más en el clima de estas relaciones. Nada nos dicen los evangelios sobre ella. Sólo sabemos que José nunca aparecerá en la vida pública de Jesús y que cuando se fue a predicar, la gente

de Nazaret se preguntaba: “¿No es este el hijo de María?”; de ordinario sólo hacemos referencia de un hijo a su madre cuando ésta lleva ya varios años de viuda. Habría muerto, pues, José, el hombre de las confianzas de Dios para ser padre de su Hijo en la tierra. Cuando su sombra dejó de ser necesaria, entró calladamente en la luz que nunca tendrá fin.

No debió de ser fácil para Jesús la muerte de su padre José. Un día se conmovió ante el llanto de una viuda, y el milagro escapó de sus dedos, devolviendo la vida al hijo muerto. Ahora otra viuda caminaba a su lado, tras el

cuerpo del esposo y padre querido. ¿Por qué no...? Pero Jesús acalló la pregunta antes de que se desarrollara en su mente. Sabía bien que ni él ni su madre necesitaban de milagros para creer. Y María siempre en pie con la certeza de la Vida. La vida siguió, y el muchacho, ya casi un hombre, siguió trabajando, obedeciendo y creciendo. Jesús es ahora quien lleva la casa y la carpintería.

La figura de José, el eterno enamorado de María, el hombre humilde, bueno y trabajador, de la confianza de Dios para cuidar y educar a su Hijo, se eclipsa de la escena de este mundo para que Je-

sús brille. Pasa calladamente de la casa de nuestro padre Adán, a la casa de nuestro Padre Dios, en espera de Jesús y de María. Murió feliz de haber cumplido con su humilde misión de amor en este mundo. Imaginemos lo que habría sido su muerte, asistido y acompañado por Jesús y María...

La auténtica devoción a San José consistirá por tanto, en imitar su vida de fidelidad y obediencia a Dios, su espíritu de trabajo y de servicio, su humildad, bondad y alegría de vivir, su amor con obras, a los hombres, y a Jesús y María.

